

Disciplinas sin fronteras

Homenaje a Ana María Lorandi

Roxana Boixadós y Cora Bunster (editoras)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretaría de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert
Vicedecano Américo Cristófolo	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	Marcelo Topuzian María Marta García Negroni
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas
Secretaría Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia
Secretaría de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matias Cordo	Rosa Gómez Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Colección Saberes

Coordinación editorial: Martín Gómez

Maquetación: Graciela Palmas

ISBN 978-987-4019-37-0

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2016

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Disciplinas sin fronteras : homenajes a Ana María Lorandi / Ana María Lorandi ...
[et al.] ; editado por Roxana Edith Boixadós ; Cora Bunster. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires, 2016.
240 p. ; 20 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-4019-37-0

1. Antropología. 2. Etnografía. I. Lorandi, Ana María II. Boixadós, Roxana Edith, ed.
III. Bunster, Cora, ed.
CDD 305.8

Fecha de catalogación: 16/11/16

Índice

Prólogo	9
<i>Roxana Boixadós y Cora Bunster</i>	
Introducción	15
<i>Carlos E. Zanolli</i>	
Reflexiones acerca de una experiencia vital	21
<i>Ana María Lorandi</i>	
25 años de la Sección Ethnohistoria	
Ana María Lorandi, MR	31
<i>Ana María Presta</i>	
Trascendiendo materialidades. Aproximaciones interdisciplinarias y estrategias de investigación del pasado prehispánico en el noroeste argentino	49
<i>Verónica Isabel Williams y María de Hoyos</i>	

Los contornos del antiguo Tucumán	
Fronteras, rebeliones y mestizaje a la luz de la obra de Ana María Lorandi	97
<i>Roxana Boixadós, Lorena B. Rodríguez y Camila Cerra</i>	

Cambio histórico y entramados de poder en los siglos XVIII y XIX	
Reflexiones sobre la obra de Ana María Lorandi	147
<i>Cora Bunster y Pablo Ortemberg</i>	

Itinerarios académicos de Ana María Lorandi	183
<i>Carlos E. Zanolli, Alejandra Ramos y Carlos Chiappe</i>	

Anexo

Producción científica y formación de recursos humanos de Ana María Lorandi	217
Selección de fotografías	233
Los autores	241

Trascendiendo materialidades: aproximaciones interdisciplinarias y estrategias de investigación del pasado prehispánico en el noroeste argentino

Verónica Isabel Williams y María de Hoyos

La arqueología fue la disciplina que eligió inicialmente Ana María Lorandi para comenzar su carrera docente y científica. En primer lugar desde Rosario, donde adquirió su formación y, posteriormente, desde la Universidad de La Plata donde se orientó a investigar las etapas precolombinas del Noroeste argentino (NOA). Sus intereses fueron variados y, en todos los casos, muy tempranamente procuró buscar apoyo en otras ciencias –sociales y naturales– para el estudio de las sociedades del pasado.

En este trabajo nos vamos a referir a tres aspectos en los que Lorandi centró sus investigaciones delineando agendas que se continúan discutiendo hasta la actualidad. Uno de estos aspectos se refiere al Tawantinsuyu, más específicamente a la dominación estatal en la región: la relación del imperio con las poblaciones nativas, los motivos de su expansión, las fronteras, la funcionalidad de los sitios, su presencia en los valles y los vínculos con las comunidades ubicadas en las llanuras fueron algunas de las cuestiones que concitaron su interés

El otro tema de investigación, que en este caso culminó con su tesis de doctorado, fue el arte rupestre –especialmente de la región valliserrana central del Noroeste. Su objetivo fue aislar distintos estilos, ubicarlos contextualmente y establecer “hasta donde sea posible” su cronología (Lorandi, 1966: 16). Obtuvo como resultado una de las primeras secuencias generales a través del empleo de un conjunto novedoso de técnicas cuantitativas y cualitativas.

El tercer aspecto está relacionado con la arqueología de Santiago del Estero, donde sus investigaciones iniciaron una nueva etapa en el desarrollo de la disciplina a nivel regional en el marco de la Nueva Arqueología.

En todos los casos, para comprender el aporte realizado por Lorandi en la visibilidad y la discusión de estos temas, es necesario contextualizar en qué circunstancias se fueron gestando, qué teorías y metodologías se empleaban en aquel entonces y cuáles fueron las propuestas interdisciplinarias de Lorandi para trascender las materialidades.

El Tawantinsuyu y su dominio del Noa

Desde finales de la década de 1960 llegaron al país los primeros ecos de la obra de la John Víctor Murra sobre la antropología y la arqueología andinas pero, como atestiguan Lorandi y Nacuzzi “debido a las alternativas políticas de la Argentina –que afectaron a la investigación científica en todos sus planos– su influencia no pudo ser canalizada hasta la década de 1980” (Lorandi y Nacuzzi, 2007: 287). En la producción científica de Murra temas como la tenencia de la tierra, las formas de intercambio y las relaciones entre los grupos étnicos y el estado fueron pioneros y orientadores

para la arqueología andina (Murra, 1984; Ramos, 2011). Su concepción, acentuando la originalidad del imperio Inca, “fuertemente centralizado pero operando en base a una maximización de los modelos políticos, económicos y sociales ya desarrollados por milenios en el mundo andino” (Murra, 1978: 131), fue inspiradora para la propuesta teórico-metodológica implementada por Lorandi en la arqueología argentina (Lorandi, 2006: 206).

En la década de 1980, la arqueología procesual fue tomada en Argentina como una alternativa a los marcos histórico-culturales vigentes hasta los años 70, convirtiéndose Lewis Binford en el investigador más influyente en el país en los últimos 40 años. Su obra *Archaeology as Anthropology* (1962) tuvo una amplia recepción en las universidades nacionales, especialmente en Buenos Aires, con menor repercusión en La Plata donde se desarrollaban mayoritariamente los estudios de sociedades denominadas agroalfareras. Esto llevó a los investigadores a continuar profesando paradigmas histórico-culturales o el evolucionismo cultural hasta la llegada de la obra de Murra, o un poco más tarde con los enfoques posprocesuales –como el de Ian Hodder, posición humanista que criticaba a Binford (Politis y Curtoni, 2011).

En forma paralela, el desarrollo del Proyecto “Huánuco Pampa” en la Sierra Central peruana dirigido por Murra se convirtió en un referente para la arqueología andina por la proyección teórico-metodológica que integraba la Etnohistoria y la Arqueología andinas. Este proyecto fue el puntapié inicial de una nueva forma de entender el estado inca en regiones alejadas del Cusco. La información publicada sobre los diferentes sectores excavados del sitio, la descripción de la cerámica, de la arquitectura, del almacenamiento, de las relaciones entre las poblaciones locales y el estado, sumado a la información

procedente de los documentos históricos, reflejaban las ideas cobertoras de Murra y sus propios intereses (Morris y Thompson, 1985).

Justamente en la década de 1980 se dio una situación coyuntural marcada por la pluralidad de investigaciones y el inicio de propuestas multidisciplinarias o interdisciplinarias, algunas de ellas surgidas tras la expansión regional de la denominada, hasta entonces, Etnohistoria y los debates respecto a cómo definir ese campo.¹ Por ende, en la década de 1990 el conocimiento sobre la expansión del estado inca hacia los Andes del Sur descansaba mayoritariamente sobre modelos emanados de la Etnohistoria, lo que no significaba realmente una falta de interés arqueológico por conocer y explicar el funcionamiento de este imperio (Malpass, 1993; D'Altroy, 2003; Malpass y Alconini, 2010) sino que el peso de la tradición de las crónicas y las influyentes propuestas de estudiosos como Murra (1978, 1989), Rostworowski (1988), Rowe (1944, 1982) y Zuidema (1964, 1990) entre otros, marcaron una senda en la manera de construir la historia andina basada en documentos escritos, quedando como desafío implícito y explícito su verificación y complementación arqueológica. El énfasis de estos análisis radicaba en el funcionamiento de las estructuras políticas, económicas e ideológicas estatales a nivel de las elites dirigentes, relegando a un segundo plano otros segmentos de estas sociedades o los procesos sociales ocurridos en comunidades locales alejadas de los centros políticos principales.

1 Lorandi y Nacuzzi (2007: 283) expresan: "No renegamos del rótulo Etnohistoria, siempre la hemos defendido como una metodología, un enfoque, un abordaje o una táctica de investigación en el sentido de Murra. Pero a la vez, parece más claro definir nuestro campo como Antropología Histórica en la medida en que -con fuentes históricas- además nos ocupamos del pasado de grupos étnicos, los cuales en muchos casos ya no existen o han sufrido un intenso proceso de mestizaje y reconfiguración étnica o etnogénesis".

En los últimos años se ha insistido en la necesidad de desarrollar nuevas orientaciones y marcos teóricos alternativos derivados del análisis crítico de datos arqueológicos, cuyos resultados muestran un panorama más dinámico y heterogéneo de los modos de interacción del estado con los territorios anexados.² Esto ha provocado una explosión de estudios arqueológicos con énfasis en distintos aspectos del aparato del estado destinados a establecer los procesos de surgimiento, expansión y dominio de los territorios del Tawantinsuyu, como así también a observar procesos de resistencia o aceptación por parte de las sociedades locales, los efectos en sus dinámicas históricas, tanto como en las propias políticas del estado.

Un ejemplo de la aplicación del modelo de imperios para el cual el Tawantinsuyu era una organización de tipo imperial que distinguía una economía doméstica y una economía política, fue el proyecto del valle del Mantaro en la Sierra Central peruana (D'Altroy y Hastorf, 2001: 6). Este proyecto contemplaba especialmente tres variables: las actividades de subsistencia tanto del personal estatal como de las poblaciones dominadas, la producción y el consumo de bienes para intercambio y para la elite y la organización de los asentamientos (Earle y D'Altroy, 1982; D'Altroy *et al.*, 1985; D'Altroy, 1992). A partir de 1992 este modelo fue replicado por algunos de los integrantes del grupo original en el sector norte del valle Calchaquí, en el NOA, a través

2 De los modelos analíticos sobre imperios como centro-periferia; capitalista-tributario, metrocéntrico-pericéntrico-sistémico; hegemónico-territorial, el más usado en los Andes en las décadas de 1980 y 1990 ha sido el hegemónico-territorial, argumentándose que el sistema de administración inca pudo desarrollarse a través de una serie de estrategias potenciales para consolidar su control sobre los grupos sometidos. El ocaso del evolucionismo cultural dio lugar a una notable diversidad de enfoques como el materialismo procesual, la ecología evolutiva, el marxismo, la teoría de la práctica, la teoría del sistema mundial y los modelos de elites intermedias y agencia, entre otros (Nielsen, 2007: 9).

del “Proyecto Arqueológico Calchaquí” en el que Lorandi participó con sus contribuciones etnohistóricas (D’Altroy *et al.*, 2000; DeMarrais, 2001).

Estas investigaciones fueron demostrando que, contrariamente a lo que afirmaban los primeros estudios sobre el imperio y la propia propaganda inca (Garcilaso de la Vega, [1609] 1960), el estado no reorganizó radicalmente las sociedades andinas conquistadas. Los incas manipularon selectivamente aquellos aspectos de las culturas indígenas que impactaban directamente sobre las finanzas estatales, el control y la seguridad. Las variables políticas incluyeron: la reorientación de las economías locales y su inclusión dentro de la economía política imperial, la disminución de los lazos económicos y políticos regionales horizontales y extraregionales en favor de lazos verticales estado-sociedades locales, el debilitamiento de las bases del poder político independiente y la incanización del sistema simbólico.

En este sentido, el creciente interés de los arqueólogos en los últimos veinte años por la identificación funcional de los sitios que el Tawantinsuyu implantó a lo largo de todo su territorio es notable. Ya en la década de 1980, Lorandi transmitía sus preocupaciones sobre la investigación del estado inca en el NOA vinculadas con la naturaleza de la dominación, las causas de la expansión y las identidades de los colectivos étnicos que realizaban prestaciones en los sitios estatales.³ Señalaba que las investigaciones de este tipo debían ocuparse de dos aspectos íntimamente asociados: 1) la finalidad/es a las que fueron destinados los asentamientos y 2) qué naciones o grupos aborígenes fueron movilizados para prestar

3 Su interés por el estado inca se desarrolló a continuación de sus aportes a la arqueología de Santiago del Estero por más de diez años.

servicios en ellos y a qué sistema o sistemas de prestaciones tributarias fueron sometidos (Lorandi, 1983: 3).

Actualmente existe cierto consenso entre los investigadores, especialmente en aquellos que trabajan en áreas alejadas de grandes centros estatales o íconos andinos como el Cusco o el Lago Titicaca, en torno a la idea de que el imperio inca generó múltiples estrategias a fin de integrar o adecuarse a la realidad socio-política de las áreas dominadas, en algunos casos muy evidentes y en otros muy sutiles (Nielsen y Walker, 1999; Ratto *et al.*, 2002; Acuto, 2007; Nielsen, 2007; Williams, 2010; de Hoyos, 2011; Williams y Castellanos, 2011; Orgaz y Ratto, 2013).

Por otro lado, se han planteado diferentes hipótesis acerca de las razones que el imperio habría tenido para anexar el NOA; a saber: la necesidad de ampliar territorios como parte de un mecanismo de herencia partida, la explotación minera aprovechando la tradición metalúrgica local (A. R. González, 1980 y 1982; Raffino, 1981; Angiorama, 2004) y la producción agrícola y de artesanías (A. R. González, 1980; Raffino *et al.*, 1983; Olivera, 1991; L. González, 2002). Pero podemos considerar otra alternativa y es que la dominación también se basó en el interés por obtener más mano de obra, pilar sobre el que descansó el estado y, además, en la constante necesidad de ampliar sus fronteras. No obstante, en muchos casos, esta política parece no haber tenido el éxito esperado porque los incas no lograron que las poblaciones del valle Calchaquí y Santa María cumplieran totalmente con las prestaciones o que lo hicieran sólo parcial o temporalmente (Williams y Lorandi, 1986; Lorandi, 1991).

Arqueología inca en el Noroeste argentino

Lorandi (1991: 213) afirma que, desde una perspectiva etnohistórica, el NOA debe ser comprendido como una unidad compleja íntimamente ligada al mundo Andino Centro-Meridional, dado que constituyó parte de la unidad política-económica y étnica del Qollasuyu que habría sido anexada por Topa Inca –según sostienen autores como Betanzos, Cieza de León y Sarmiento de Gamboa (Rowe, 1945: 271). A su vez, el Qollasuyu conformaba un amplio espacio de gran interés estratégico para el Cusco, motivo por el cual ingresó al imperio bajo especiales condiciones de control geopolítico. El estado inca construyó una compleja red de caminos que ligaba a los centros administrativos, en su mayoría fueron habitados por poblaciones multiétnicas, y produjo una intensa alteración demográfica por la eliminación de población, sea por muerte o traslado, y su reemplazo por *mitmakquna* o colonos.

El caso específico del NOA presenta una gran diversidad ambiental ya que conforma un variado mosaico donde alternan espacios elevados con áreas bajas y ambientes húmedos con semiáridos (Lorandi y de Hoyos, 1995); aquí se fueron jalonando numerosos establecimientos incaicos, algunos centros administrativos y otros de menor envergadura, fundamentalmente a lo largo de valles y quebradas. Una de las características más relevantes de la ocupación es que los incas construyeron importantes asentamientos, tanto en lugares donde había población local como en zonas vacías, lo que subraya la propensión a confeccionar su gobierno en relación a las situaciones locales en el contexto de un diseño a gran escala. De lo anterior, resulta que esta ocupación habría sido selectivamente intensiva y que ocurrió en bolsones o islas con

zonas productivas y estratégicamente ubicadas (Williams y D'Altroy, 1998: 175; Tarragó, 2000).

En una escala de análisis local uno de los trabajos pioneros en la arqueología inca corresponde al sitio de Potrero Chaquiago, situado en las estribaciones de las Sierras Subandinas en la provincia de Catamarca,⁴ cuyas investigaciones fueron iniciadas por Ana María Lorandi y María Elena Gonaldi a fines de la década del 1970 y comienzos de los 80, continuadas posteriormente por Williams. El objetivo era entender la funcionalidad del sitio en relación a otros del área así como las actividades desarrolladas en el mismo y la caracterización –especialmente el origen– de las poblaciones que servían allí, partiendo de la idea de la presencia de *mitmakquna* de la frontera oriental al interior de la actual provincia de Catamarca. Se utilizó una metodología que incluía excavaciones areales (Figura 1) y el análisis de la cerámica aplicando técnicas de las ciencias físico-químicas. En este sentido los análisis composicionales y petrográficos desarrollados por Beatriz Cremonte, así como estilísticos y morfológicos fueron líneas de investigación relevantes y pioneras (Williams y Lorandi, 1986; Cremonte, 1991; Lorandi, 1992; Williams, 1996). La información obtenida a partir de la documentación histórica y arqueológica disponible le permitió a Lorandi plantear la existencia de centros manufactureros donde se fabricaban piezas de estilo cuzqueño y aquellas que formaban parte del patrimonio de los posibles *mitmakquna* (Lorandi, 1984).

4 En el año 1956, el Doctor Alberto Rex González había recorrido el sitio y reconocido la plataforma artificial o *ushnu* ubicado en el centro de la "plaza" pero no mencionó la existencia de otras construcciones (A. R. González, 1982: 333).



Ana María Lorandi excavando en uno de los recintos del sitio Potrero Chaquiago, en Andalgalá, Catamarca, circa 1987-1988.

A nivel regional las nuevas investigaciones en los valles meridionales de Jujuy, en las quebradas altas del valle Calchaquí medio y en el valle de Amblayo (Salta), en Fiambalá y en el valle del Cajón (Catamarca) muestran una ocupación inca con características particulares, que permiten generar hipótesis acerca de la importancia que pudieron revestir estos valles y quebradas para la obtención de recursos como granos, metales, lana, materias primas así como de las Yungas y de Puna, en relación con el sostenimiento de la política económica estatal (Williams y Cremonte, 1994; Ratto *et al.*, 2002; Williams, 2002-2005; Cremonte *et al.*, 2003; Garay de Fumagalli, 2003; de Hoyos, 2004, 2005; Williams *et al.*, 2005; Williams, 2010).

No menos importante fue el interés de Lorandi sobre la definición de frontera del estado inca y la presencia de colonos o *mitmaqkuna* en la misma frontera así como al interior del NOA. Este tema fue discutido intensamente en

un simposio en el marco del XLV Congreso Internacional de Americanistas realizado en Bogotá en 1985 en el cual Lorandi presentó su hipótesis y casos de estudio sobre el límite oriental del Tawantinsuyu (Lorandi, 1988). En este escenario, la frontera aparecía definida por la distancia entre la región estudiada y el centro nuclear del estado inca, es decir, por la relativa marginalidad geográfica. Tradicionalmente la idea de lo *marginal* o periférico se desprendía de los modelos neo evolucionistas de imperios basados en el supuesto que, en el marco de la logística de la conquista al estado le habría interesado exclusivamente los ambientes de tierras altas donde las quebradas troncales jugaron un papel fundamental.

Por su parte, Lorandi estableció los límites a la provincia inca del Tucumán prehispánico y la frontera oriental del Tawantinsuyu que presentaban características culturales mixtas, entre andinas y chaqueñas (Lorandi, 1988). El Tucumán prehispánico se extendía sobre una porción de la actual provincia homónima, el oriente de Catamarca que posiblemente incluía el campo del Pucará, el valle de Catamarca y las sierras del Alto-Guayamba-Ancasti y Guasayán, tomando también el occidente de Santiago del Estero (Lorandi, 1991: 226). La estabilidad de la frontera oriental dependía, según Lorandi, de los acuerdos que entablara el estado con las poblaciones culturalmente intermedias, porque éstas eran las más hábiles para manejar tanto los códigos de las sociedades de tierras bajas como de los valles intermontanos. En muchos casos se pudo comprobar la presencia de estas sociedades en los valles donde, a cambio de nuevas tierras, los incas les habrían encargado la vigilancia de las poblaciones sometidas. Lorandi postuló la hipótesis de que indígenas de la provincia de Tucumán habrían sido trasladados para controlar a los diaguitas de los valles del oeste y reemplazar la mano de obra que

aparentemente estos retaceaban. La arqueología permitió verificar la presencia de *mitmaqkuna* provenientes del este en un sinnúmero de asentos estatales que cumplirían esa doble función: militar y productiva.

La peculiar distribución de cerámica originaria de la frontera oriental, hallada en los sitios inca del interior valliserrano protegidos por guarniciones, permitió elaborar la siguiente hipótesis: “El sector central de la región valliserrana fue controlado gracias al aporte defensivo y productivo de los aborígenes que habitaban la sierra tucumana y las sierras de Santiago y su piedemonte” (Lorandi, 1983: 8). Pero esta frontera no se circunscribía al sector de Sierras Subandinas y Pampeanas orientales sino que se extendía por los valles templados y cálidos de la quebrada de Humahuaca, Salta, Tucumán y Santiago del Estero (Lorandi, 1983: 9).

Los avances a una escala más amplia de la que pregona-ba Lorandi dan cuenta de la importancia de estas áreas en la expansión y consolidación del estado. Oliveto y Ventura (2009), integrando perspectivas históricas y arqueológicas, han analizado las dinámicas poblaciones de los valles orientales de Salta y Tarija. Éstos habrían sido habitados por diversas poblaciones relocalizadas provenientes de lejanos lugares y de ambientes variados conformando un espacio multiétnico. De esta manera, el estado aseguraba sus intereses, por un lado, el control y defensa de la frontera ante los avances de los pueblos chiriguano y chaqueño y, por otro, garantizar el acceso a cultivos como el maíz y a recursos propios de los bosques y selvas (Oliveto y Ventura, 2009: 149). Los valles citados constituyeron, entonces, una frontera de guerra caracterizada por la movilidad, la dispersión y la multiétnicidad, elementos que encuentran su explicación en la política incaica de control fronterizo. A partir del establecimiento de enclaves estatales se modificó la situación

poblacional previa, forzando la convivencia de grupos diversos tales como juríes, tomatas, apatamas, carangas, chichas, ingas orejones, churumatas, moyos-moyos, ossas, papayayas, chuis y ocloyas en estos espacios reestructurados.

Para el caso de Jujuy, la investigación sobre asentamientos estatales y de épocas inmediatamente anteriores permitió ir integrando estas áreas a los sistemas de la política económica estatal a nivel micro y microregional (Cremonte y Garay de Fumagalli, 1997, 1998; Garay de Fumagalli y Cremonte, 1997). Estudios previos habían demostrado que, para la porción sur de la quebrada de Humahuaca el Pukara de Volcán –el asentamiento de mayores dimensiones– comenzó su configuración a partir del siglo XIII de la era, convirtiéndose en un poblado con más de 600 recintos, plaza, montículo ceremonial y cementerio segregado en el momento inca. Fueron evidentes las remodelaciones y ampliaciones realizadas por el Tawantinsuyu para ejercer el control de este sector de la quebrada. Sin embargo, las dataciones radiocarbónicas muestran que, a partir de la primera mitad del siglo XV, comienza un proceso de *colonización* desde centros poblacionales quebradeños como el Pukara de Volcán hacia las Yungas.

Este proceso se plasmaría en un conjunto de sitios de diferente funcionalidad y características como API de Tiraxi o el puesto fronterizo de El Cucho de Ocloyas sobre uno de los corredores laterales entre la quebrada de Humahuaca y la llanura chaqueña a 20 km de las yungas de Tiraxi (Cremonte *et al.*, 2003, 2005). Sobre el eje de la quebrada de Humahuaca y muy cercano al Pukara de Volcán la ocupación Humahuaca-Inca en esquina de Huajra refleja también las articulaciones, tanto con el piso de las Yungas como con las tierras altas occidentales, configurándose un paisaje simbólico reflejado en una dinámica poblacional diversa y en el despliegue de elementos

incas que permiten asignarle una jerarquía particular (Cremonte *et al.*, 2008).

Una situación muy distinta se plantea para el piso del Bosque Montano Inferior en contacto con las Yungas donde el paisaje culturizado fue un producto inca. Allí se instaló Agua Hedionda (1200 msnm), un sitio incaico puro de características únicas en la provincia de Jujuy vinculado a otras instalaciones *satélites*. Paradójicamente, el despliegue arquitectónico de Agua Hedionda y su rol emblemático como evidencia del control imperial no conciben con los escasos registros de su cultura material mueble. Esta escasez podría explicarse por un lapso de ocupación muy breve y tardío –como parecen indicar los pocos fechados cronométricos obtenidos– y que, sin embargo, muestra contextos diferentes a los hallados en la Quebrada de Humahuaca e instalaciones de su borde sudoriental –Cuencas de los ríos Tiraxi-Tesorero–; sugiriendo nexos más estrechos con las tierras altas y con el valle de Lerma y la probable instalación de *mitmaquna* (Cremonte y Garay de Fumagalli, 1995; Cremonte y Gheggi, 2012; Peralta y Cremonte, 2013).

Estos asentamientos, que habrían cumplido funciones diferentes, reflejarían las características que tuvo la estructuración de la *frontera oriental* o más bien la *franja o espacio fronterizo* en este sector del Qollasuyu; es decir, en los valles sudorientales de la Quebrada de Humahuaca –donde se emplazó al Cucho de Ocloyas– y en los valles templados meridionales donde se construyó Agua Hedionda. Estos dos sitios parecen reflejar dos paisajes fronterizos diferentes pero sincrónicos, resultado de dos estrategias estatales connotadas según las características de la dinámica poblacional preinca y de sus diferencias en términos de la explotación de determinados recursos e interacción con otras regiones y/o centros políticos (Cremonte y Garay de Fumagalli, 1995).

Por último, los avances sobre el tema de las relaciones del estado con las poblaciones dominadas y la evaluación de la participación de estas últimas en el sistema de prestaciones rotativas impuestas desde el Cusco han sido importantes a partir de estudios interdisciplinarios, que permiten entender los cambios o las continuidades durante el período inca integrando el panorama de las sociedades preexistentes.

Lorandi pregonaba que solo cuando la arqueología de las sociedades complejas nos provea de mayores evidencias sobre la diversidad cultural preinca, estaremos en condiciones de formular mejores hipótesis sobre la complejidad étnica y la amplitud de las unidades políticas de esta región en los tiempos preincaicos (Lorandi, 1991: 217). En sus investigaciones procuró identificar la presencia y las funciones laborales de *mitmaqkuna* instalados en los centros administrativos estatales con funciones primordialmente productivas (Wachtel, 1982; del Río y Presta, 1984), a cambio de ciertos privilegios como, por ejemplo, el acceso a nuevas tierras, ya que los *mitmaqkuna* en el siglo XVII continuaban disfrutando de estos derechos y, al mismo tiempo, muchos de ellos estaban obligados a prestaciones militares en la defensa de la frontera de los chiriguano.

La conjunción entre etnohistoria y arqueología colaboró para poner de manifiesto que las alteraciones al mapa étnico del NOA, como en casi todo el imperio, fueron profundas y con efectos posteriores muy significativos (Lorandi y Boixadós, 1987-1988; Lorandi, 1991, 1993). En diversas publicaciones, Lorandi sostiene la existencia de *mitmaqkuna* de origen altiplánico, de la frontera tucumano-santiagueña y del norte de La Rioja en asentamientos estatales del NOA. Aunque la información documental es escasa, la presencia de estos colonos puede corroborarse a través de la arqueología: la alfarería de estilos chicha o Yavi registradas en sitios inca del valle Calchaquí y aun más al sur, en

Potrero-Chaquiago, revelan que junto a los *mitmaqkuna* de Canas y Canchis debieron encontrarse otros originarios de las áreas meridionales del actual altiplano de Bolivia. En varios centros estatales se han recuperado vasijas de estilo inca Pacajes de origen circumlacustre, incluido el territorio Colla (Cremonte, 1991; Lorandi, 1991). La existencia de varios pueblos en los valles Calchaquíes que reciben el nombre de Tucumangasta o el predominio de alfarería inca (Lorandi, 1991: 227) similar a una de las dos grandes tradiciones estilísticas de Santiago del Estero desde el 1000 d.C., aportaron datos para plantear su hipótesis. Para esta investigadora, uno de los dos grupos de Santiago del Estero se habría expandido hacia el piedemonte serrano (Lorandi, 1980). Los estudios de la alfarería de Potrero Chaquiago demuestran el uso de arcillas locales y, al mismo tiempo, la persistencia de tradiciones manufactureras y estilísticas de cada uno de los grupos de colonos presentes (Lorandi, 1988; Cremonte, 1994). La propuesta de Lorandi sobre la existencia de *mitmaqkuna* sigue vigente en las discusiones y análisis actuales de la arqueología y la etnohistoria⁵ (Williams y Lorandi, 1986; Williams, 1991; D'Altroy *et al.*, 1994; Williams y Cremonte, 1994; Giudicelli, 2007; Páez y Giovannetti, 2008; Farberman y Taboada, 2012; Taboada, 2011).

El largo camino del arte hacia la ciencia

La valorización de las manifestaciones rupestres precolumbinas fue variando a lo largo del tiempo y esta *valorización* o *desvalorización* produjo, en los investigadores y en las

5 Para una discusión en torno a la definición étnica y geográfica de frontera ver Giudicelli (2007), Lorandi y Boixadós (2009) y Quintián (2008).

instituciones, un interés desigual por ocuparse de su estudio. Los trabajos referidos a esta temática siguieron a veces caminos independientes del resto de las investigaciones arqueológicas porque, de acuerdo con las tendencias dominantes de cada época y según el abordaje de los diferentes autores, el arte fue interpretado como escritura ideográfica, como pasatiempo, signos convencionales –de fácil interpretación o, por el contrario, imposibles de comprender– o simplemente como una producción estética. De igual manera, el concepto de *arte* fue cambiando así como las explicaciones acerca del sentido y función de las representaciones. También existieron disensos sobre quiénes fueron los realizadores o autores de las manifestaciones rupestres, la posible antigüedad y la sincronía o diacronía entre los distintos diseños (de Hoyos, 2013).

En el largo camino que siguieron las aproximaciones al arte rupestre hasta su consideración científica, Ana María Lorandi fue uno de los motores del cambio. Su libro *El arte rupestre del Noroeste argentino* (1966), producto de su tesis de doctorado, constituyó un aporte novedoso, principalmente por la metodología empleada, demostrando que el estudio de las pinturas y grabados precolombinos podía ser abordado científicamente. La contribución de Lorandi puede ser apreciada más claramente si se conocen las orientaciones teóricas y metodológicas que caracterizaron las investigaciones antes y después de la aparición de su trabajo. Para esto fue necesario ordenar y clasificar la información surgida de las publicaciones vinculadas con esos estudios en el Noroeste, lo que permitió definir cuatro grandes momentos o puntos de inflexión en la historia de la construcción del conocimiento del arte rupestre. Aunque cada uno de ellos no es homogéneo, encierra similitudes sustanciales en la manera de denominar al objeto de estudio, la finalidad de las investigaciones, la relación con los otros vestigios

arqueológicos, el papel asignado al arte y en los fundamentos de las interpretaciones (de Hoyos, 2013).

Los puntos de inflexión –que marcan el fin de un momento y el comienzo de otro– están necesariamente subsumidos a los contextos sociopolíticos, económicos e ideológicos. La conexión entre los procesos políticos y los desarrollos antropológicos en Argentina, como sostiene Herrán (1990), es muy alta y únicamente registrando esa relación cobran sentido los resultados obtenidos, el énfasis en la selección temática y las orientaciones y adscripciones teóricas de los autores (A. R. González, 1985; Madrazo, 1985; Tarragó, 2003). Por lo general, los golpes militares producidos en el siglo XX (1930, 1955, 1966 y 1976) tuvieron como consecuencia inmediata la intervención de las universidades, la expulsión de docentes e investigadores, el cierre de carreras, la eliminación de la financiación a la investigación, el desmantelamiento institucional y la disolución de los equipos de trabajo (A. R. González, 1985; Madrazo, 1985; Garbulsky, 1991-1992; Tarragó, 2003). Por estas razones, el final de cada momento es, en general, abrupto y fácil de determinar. En cambio, definir los comienzos requirió elegir un hecho singular como alguna publicación que influyera decididamente en el rumbo de la arqueología del Noroeste y que repercutiera específicamente en la concepción del arte rupestre. Sin embargo, el año de la publicación seleccionada sólo constituirá el comienzo simbólico de un lento camino cuyos resultados más significativos se apreciarán más de diez años después (de Hoyos, 2013).

Entonces, teniendo en cuenta que no se trata de períodos cerrados, dado que junto a las novedades hay herencias que se retoman y que en cada etapa pueden coexistir posiciones o perspectivas contrapuestas, los cuatro grandes momentos en la historia del estudio del arte rupestre –denominados

de acuerdo con la designación que los protagonistas de cada etapa empleaban para referirse a este tipo de manifestaciones- son los siguientes:

Inscripciones antecolombianas: comienza con el viaje de Liberani y Hernández ([1877] 1950) y finaliza con el golpe militar de 1930. La última publicación pertenece a Rodolfo Schreiter (1928) del Instituto de Etnología de Tucumán.

El arte de los pueblos primitivos: situado entre 1930 y 1948 cuando la actividad se concentró casi íntegramente en textos históricos.

Arte rupestre precolombino: la publicación de Bennett y colaboradores (1948) señala el prolegómeno de la etapa que Fernández (1979-1980) denominó como “arqueología científica o profesional” y que se va a desarrollar a partir de 1955 y hasta 1976 con la irrupción de la última dictadura del siglo XX.

Arte rupestre en arqueología: el trabajo de Carlos Aschero (1979) sobre Inca Cueva, en la provincia de Jujuy marcará el rumbo de los estudios, aunque recién a fines de siglo se reanudaron de manera significativa las publicaciones sobre el tema.

Inscripciones antecolombianas

Las primeras noticias sobre la existencia de arte rupestre surgen en la etapa histórica de la constitución del estado nación (Fernández, 1979-1980). El país se disponía a delimitar

sus fronteras incorporando definitivamente los territorios indígenas de Patagonia (1881) y del Chaco (1883). En ese contexto, el estado impulsó la recuperación de todo tipo de vestigio del mundo natural y cultural precolombino para crear los grandes museos nacionales y así “rescatar” algunas tradiciones indígenas e hispanas que formarían parte del colectivo de identificación (Politis, 1992; Tarragó, 2003; Ramundo, 2008; Podgorny, 2009). Estas actividades comenzaron como investigaciones unipersonales con capitales privados y el impulso individual de Francisco Moreno y Florentino Ameghino pero, a comienzos del siglo XX, las exploraciones arqueológicas fueron promovidas tanto por el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires como por el Museo de La Plata (Podgorny, 1999; Tarragó, 2003).

La primera mención acerca de estas manifestaciones pertenece a Inocencio Liberani, profesor de historia natural, quien luego de una excursión organizada desde Tucumán al valle de Santa María, provincia de Catamarca, publicó un álbum con ilustraciones de los grabados descubiertos en ese valle, realizadas por el profesor Rafael Hernández (Liberani y Hernández, [1877] 1950). Este profesor señalaría la idea que regiría el primer momento y que consistía en asimilar cualquier diseño abstracto con inscripciones egipcias, hebreas o fenicias. Liberani pensaba que “no entraremos a discutir sobre el valor de estas inscripciones, pues nos es desconocida *la llave* para descifrar los jeroglíficos de que se componen; pero opinamos que no sería imposible que estos formasen la lengua escrita de los primeros indígenas” (Liberani y Hernández, [1877] 1950: 116; la cursiva es nuestra).

La generación “erudita y polifacética” (Madrado, 1985) que dedicó un considerable esfuerzo a realizar expediciones y le otorgó a las “inscripciones” un lugar destacado en la búsqueda del conocimiento, estuvo integrada principalmente por

Juan B. Ambrosetti (1895, 1897, 1903), Julián Toscano (1898, 1912), Eric Boman (1908) y Adán Quiroga (1931).

Los aspectos teórico-metodológicos más significativos de este momento consisten en que no aparece intencionalmente la designación de arte, pues se denomina “inscripciones” a las manifestaciones rupestres y artistas a sus ejecutores. Estas inscripciones se dividen en figurativas y abstractas, dándoles mayor trascendencia a estas últimas que tendrían una función religiosa y habrían sido realizadas en lugares votivos donde se rogaba por el agua, la fertilidad de los animales y de los seres humanos. Los diseños figurativos con predominio de antropomorfos relatarían acontecimientos históricos o míticos y la presencia de zoomorfos serían representaciones simbólicas cuyos significados varían según los autores. Así Toscano piensa que el suri o ñandú es un emblema de la justicia –como entre los egipcios– mientras que para Quiroga es una nube que lleva en su seno la lluvia y Ambrosetti le otorga un carácter funerario dado que aparece en las urnas. De la misma manera sucede con el resto de la fauna: ofidios, camélidos, felinos, saurios y ciertas aves.

Estos autores, además, sugieren que existe una continuidad cultural y geográfica entre las provincias de Jujuy y La Rioja y asumen que los calchaquies o diaguitas fueron los autores de todas las inscripciones. Si bien Quiroga (1931) observa diferencias estilísticas, les adjudica razones –que hoy designaríamos– étnicas o espaciales. Unos pocos investigadores, como Moreno (1890-1891) y Ameghino, observan profundidad temporal y piensan que el Noroeste no estuvo habitado “por una sino varias civilizaciones” (Ameghino, 1879: 731). Esta observación va a ser rechazada durante los siguientes 70 años.

Finalmente, esta etapa no solo se caracteriza por las pormenorizadas descripciones sino por la intención de encontrar explicaciones a las manifestaciones rupestres. Todos

los investigadores utilizan las mismas fuentes: crónicas, informes y cartas de la época de la conquista, textos de exploradores del área andina, los trabajos de Lafone Quevedo, estudios etnográficos referidos a los indígenas del sudoeste de Estados Unidos y la obra de Garrick Mallery *Picture-Writing of Americans Indians* publicada en 1888-1889; sin embargo, llegaban a distintas conclusiones.

El arte de los pueblos primitivos

En 1930 ocurrieron dos hechos significativos para el desarrollo de las ciencias antropológicas: por un lado, el primero de los golpes militares que incidieron en forma pendular en la Argentina a lo largo del siglo XX y, por el otro, la llegada de José Imbelloni, representante de la escuela histórico-cultural de Viena, quien a través de la docencia y la investigación influyó sensiblemente en los centros académicos de Buenos Aires y La Plata (Madrado, 1985; Garbulsky, 1991-1992).

La producción arqueológica de esta etapa se caracterizó por una sensible retracción de la investigación de campo. Los estudios se orientaron a la interpretación de las culturas y de los materiales arqueológicos a través del “uso y abuso” (A. R. González, 1985) de la crónica histórica; es decir, de documentos redactados por cronistas, militares y sacerdotes que participaron de la conquista española, considerando a todas a las culturas como sincrónicas y con una esencia que se mantenía desde épocas inmemoriales (A. R. González, 1985; Tarragó, 2003). De esta manera, a falta de profundidad histórica les seguía atribuyendo a los diaguitas la responsabilidad de todos los vestigios arqueológicos, incluido el arte rupestre considerado una manifestación de la magia o de la religión.

Esta “arqueología horizontal”, como la definió Fernández (1979-1980), mostraba un alejamiento de las ciencias naturales y una tendencia a formular comparaciones extra-territoriales y extracontinentales de carácter difusionista. Los principales autores de esta etapa de “exégesis bibliográfica” –como la denominó A. R. González (1985)– fueron Fernando Márquez Miranda, Francisco de Aparicio,⁶ Eduardo Casanova y Antonio Serrano. Las piezas de cerámica y metal de distintas sociedades y las fotos inéditas de arte rupestre pertenecientes a la colección Muñiz Barreto fueron utilizadas indistintamente para ilustrar sus trabajos.

Arte rupestre precolombino

La publicación *Northwest Argentine Archaeology* (1948) donde Wendell C. Bennett y sus colaboradores F. Sommer y E. Bleiler intentaron establecer una secuencia integral en el Noroeste, similar a las establecidas en Andes Centrales, marcaría el comienzo del tercer momento. Bennett ordena, clasifica y da profundidad temporal a una enorme masa de conocimientos sueltos basándose en la cerámica y otros materiales arqueológicos publicados (Bennett *et al.*, 1948). La falta de profundidad prehistórica cederá su lugar a la “arqueología vertical” (*sensu* Fernández, 1979-1980) que buscará en los siguientes años clasificar y diacronizar cerámicas, metales, patrones de asentamiento, patrones arquitectónicos, modos de producción, prácticas funerarias y, también, el arte rupestre (de Hoyos, 2013). Estas investigaciones estuvieron condicionadas por los vaivenes sociopolíticos,

6 Las pocas campañas arqueológicas destinadas a relevar sitios con arte rupestre fueron realizadas por de Aparicio (1939, 1944). Las descripciones acerca del paisaje, del soporte y de las representaciones presentes en sus obras son más precisas que las de sus antecesores (de Hoyos, 2013).

alternando etapas de apertura teórica con la censura impuesta por distintos gobiernos militares (Madrado, 1985).

En 1948, además de la mencionada publicación de Bennett, llegaron al país dos investigadores que tendrán gravitación fundamental y que representarían la polarización que dominó a la arqueología durante las siguientes décadas: Osvaldo Menghin, prehistoriador de origen austríaco que se incorporó a la Universidad de Buenos Aires, y Alberto Rex González quien regresó después de realizar un posgrado en la Universidad de Columbia (Estados Unidos).

Los partidarios de la escuela histórico-cultural, iniciada por José Imbelloni, encontraron con Menghin –según Fernández (1979-1980)– no solo nuevas fundamentaciones sino una renovación conceptual y metodológica. Esto significó la continuación de la hegemonía –teórica y política– de esta escuela en Buenos Aires, que dirigió sus intereses principalmente hacia Patagonia (Madrado, 1985). Por otro lado, la alternativa teórica neo-evolucionista se encontraba en las universidades de La Plata, Córdoba y, especialmente en Rosario donde Alberto Rex González y sus sucesores en la dirección del Instituto de Antropología –Eduardo Cigliano y Pedro Krapovickas– junto con grupos de discípulos se interesaron en el estudio del desarrollo cultural del NOA (Politis, 1992; Núñez Regueiro, 2007).

En esta región, Alberto R. González enfrentó dos grandes problemas vinculados con el arte: 1) la necesidad de perfeccionar la periodificación y subdivisión espacial propuesta por Bennett *et al.* (1948) en la búsqueda de una cronología relativa que le permitiera encarar estudios con un enfoque procesual y reconstruir una historia cultural de milenios y 2) la necesidad de revalorizar el desacreditado arte indígena e “incorporarlo al patrimonio nacional” (A. R. González, 1977). El desprestigio de las expresiones tenía como consecuencia, relata González (2000), que todo proyecto

presentado al Consejo Nacional de Investigación, Ciencia y Técnica (CONICET) fuera rechazado por no ser susceptible de investigación científica mientras que, paralelamente, el Fondo Nacional de las Artes también lo rechazaba porque no era considerado “arte”.

Para resolver el primer problema, González introduce técnicas nuevas y renovados enfoques teóricos tanto de la escuela norteamericana como del estructural-funcionalismo en sus versiones británica y norteamericana. Los modelos de J. H. Steward, R. Redfield, G. Willey, J. Rowe y C. Evans, entre otros (Garbulski 1991-1992), le sirven para implementar nuevos criterios para convertir a la arqueología en una disciplina científica, dentro de las ciencias sociales y con el aporte de las ciencias naturales. En este sentido, se emplean por primera vez los métodos de datación radiocarbónica, las fotografías aéreas y los programas de computación. Además se realizan trabajos de campo con técnicas más depuradas, comenzando por la excavación del sitio Alamito (Andalgalá, Catamarca) que se convirtió en una verdadera escuela de campo (A. R. González, 1959).

Por su parte, la conformación de contextos culturales requería superar la visión de sitio e integrarla en enfoques regionales –como el proyecto de Cigliano en el valle de Santa María desarrollado entre 1959 y 1963– y utilizar una gran variedad de indicadores que comenzaron a ser ordenados, clasificados, investigados e interpretados.

El arte no escapó a esta necesidad pero previamente debía solucionar el segundo problema; es decir, conseguir su “valorización”. A. R. González comienza proponiendo un cambio de denominación ya que la designación de arte primitivo era una consecuencia de las ideas sustentadas por el evolucionismo científico y filosófico del siglo XIX. Primitivas eran las etapas culturales más antiguas en la escala de la evolución e implicaban un concepto de

valor definido, a menudo peyorativo, sinónimo de atraso e inferioridad y cargado de sentido emocional. Entonces, González (1977) propone hablar de arte precolombino y de arte rupestre. Señala que las expresiones artísticas presentan un aspecto contemplativo y valorativo que pertenece a la esfera de lo subjetivo y lo emocional y su análisis se vincula con la estética y la filosofía del arte. El otro aspecto es el de la dimensión sociocultural e histórica que es susceptible de investigación científica y que debe formar parte imprescindible del estudio de cualquier cultura (A. R. González, 1998: 184). Sostiene que existe un vínculo indisoluble entre una manifestación artística y la sociedad que lo produce (A. R. González, 1977) y que, junto con los otros componentes simbólicos, integra un sistema inseparable y juega un rol básico no solo como elemento de comunicación y, por lo tanto, integrador, sino que interviene en el proceso evolutivo de la misma (A. R. González, 1998).

En este sentido, la publicación sobre el arte rupestre de Yavi de Pedro Krapovickas (1961) constituye un trabajo pionero. El autor analizó numerosos grabados y pinturas de ese sector de la Puna jujeña y relacionó los motivos geométricos representados con expresiones similares en las cerámicas locales recuperadas en sitios de asentamiento. De esta manera, estableció cuatro estilos en base a las superposiciones de motivos e integrando distintos indicadores.

En este momento surgen las secuencias y determinaciones estilísticas realizadas por A. R. González y A. M. Lorandi respectivamente quienes, a pesar de todos los “vacíos de información” –muchos de los cuales persisten actualmente– y empleando distintos métodos, concuerdan en que la aproximación debía hacerse necesariamente a través de la arqueología –como ciencia social– pero apoyándose en todos los avances de las ciencias naturales. De esta manera, González establece cuatro estilos para la región

valliserrana y dos para las Sierras del Alto o Ancasti y luego, basándose en comparaciones con la iconografía representada en los objetos de cerámica y metal, los relaciona con las distintas etapas de la secuencia cronológica-cultural del NOA (A. R. González, 1977: 370).

Por su parte, Ana María Lorandi (1966) comienza señalando que las dificultades para comprender el arte rupestre se deben, por un lado, a que el tema se presta a la especulación imaginativa y, por otro, que se ha tratado como una cuestión aislada, como a una entidad supra cultural sin conexión con culturas locales. Por lo tanto, consideró que era necesario enfrentar el tema con un enfoque científico que implicara una fuerte renovación metodológica y un replanteo de los conceptos teóricos que le servían de sustentación (Lorandi, 1966). Sostiene que toda expresión de arte lleva implícita una forma y una temática acorde con las ideas y sentimientos, creencias y mitos, concepciones filosóficas y estéticas del grupo o del individuo que la ejecutó y que es imposible abordar el estudio del arte rupestre si no se conoce a fondo la historia cultural de la región (1966: 16). En consecuencia, deben establecerse relaciones asociativas ya que “cuanto más intensamente se alcance ese objetivo, más sólidamente estará en condiciones de sobrepasar el límite de lo descriptivo y encaminarse hacia el nivel de ‘interpretación procesual’” (Lorandi, 1966: 16).

Su tesis de doctorado tenía como objetivo lograr el aislamiento de estilos de arte rupestre, ubicarlos contextualmente y establecer una cronología relativa (Lorandi, 1966). La secuencia se basó en un conjunto de técnicas cuantitativas y cualitativas “que se apoyan mutuamente tratando de corroborar las conclusiones que cada una brinda independientemente” (Lorandi, 1966: 17). La etapa cualitativa consistió en aislar y describir los elementos existentes en el arte rupestre en la muestra considerada para luego pasar a

la etapa cuantitativa con el uso de técnicas de análisis estadístico en relación a la cantidad de tipos presentes y de las respectivas repeticiones.


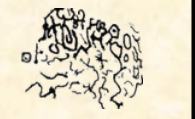


La información surgió del relevamiento directo en el campo –sitios Campana, en norte de La Rioja, y Ampajango, en Catamarca– y de calcos hechos sobre fotografías pertenecientes a la colección Muñiz Barreto depositadas en el Museo de La Plata correspondientes a varios sitios del valle de Hualfín y de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). Los resultados fueron comparados con iconografía del arte mueble –cerámica, tabletas de rapé, metales– y con otros sitios con arte publicados tanto del Noroeste como del centro y norte de Chile. Los sucesivos estudios locales le permitieron establecer horizontes estilísticos, relaciones con las culturas regionales y cronologías relativas. De esta manera concibe cuatro horizontes-estilos que se corresponden con los siguientes momentos (Cuadro 1):

Estilo I: interpreta que corresponden al Período Temprano final y comienzos del Medio debido a sus similitudes con la iconografía de la cerámica Ciénaga II.

Estilo II: lo ubica entre el final del Período Medio y el comienzo del Tardío porque sus elementos pueden ser localizados en las decoraciones de la alfarería Santamariana tricolor, San José, Sanagasta y hasta en la Belén.

Estilo III: se caracteriza por figuras de auquénidos con distintos tratamientos formando hileras o grandes grupos. Considera que se trata de un patrón puneño que podría asociarse con todas o con ninguna de las culturas.

Estilo IV: corresponde a momentos Tardíos (pre-inca y “contemporáneo a él”) según su semejanza con las pinturas descubiertas por Ambrosetti en Carahuasi y Río Pablo y con los diseños de la cerámica del sitio de la Paya, todos en la provincia de Salta.

Estilo	Motivos	Ubicación cronológica	Imágenes
I	felinos, figuras draconiformes, huellas de felinos, pisadas y rostros humanos, figuras humanas con rostros triangulares o cuadrangulares, figuras complejas con o sin objetos y con o sin adornos en la cabeza.	Período Temprano final y comienzos del Medio	
II	geométricos (curvilíneos), cruz de contorno curvilíneo, figuras serpentiformes, huellas de ñandú, figuras humanas esquemáticas simples, a veces con objetos en la mano.	Final del Período Medio y comienzo del Tardío.	
III	auquénidos esquemáticos o de contorno delineado ubicados en hileras o en grandes grupos.	Origen puneño	
IV	figuras humanas complejas portando armas, escudos o bastones de mando, figuras humanas danzantes, figuras zoomorfas cuadrúpedas de cola enroscada y ornitomorfas, uncus y escudos aislados adornados con motivos geométricos	Tardío (preinca e inca)	

Cuadro 1. Cuadro basado en los estilos de arte rupestre definidos para la región Valliserrana por Ana María Lorandi (1966), tomado de de Hoyos (2013)

Los esquemas de A. M. Lorandi y A. R. González presentaban algunos problemas que fueron advertidos por los mismos autores, por ejemplo, no se podía hacer una división tajante entre los estilos I y II debido a que comparten motivos y que el estilo III no constituiría una real categoría dado que los auquénidos fueron ejecutados en forma diferente en cuanto a morfología, temática, tratamiento y técnica en

distintos períodos de una misma región. Estos problemas se fueron dirimiendo con investigaciones posteriores pero lo trascendente son las propuestas de distinguir estilos que luego ubicaron en sucesión temporal, creando un marco relativo desde donde comenzar a desentrañar las manifestaciones rupestres.

Arte rupestre en arqueología

En la década de 1980, con el retorno a la democracia, las ciencias sociales retomaron su lugar significativo en las universidades obteniendo financiamiento para numerosos y variados proyectos. En el Noroeste los trabajos de campo, que habían sido abandonados durante el gobierno militar (1976-1983), se fueron retomando lentamente bajo el impulso de nuevas corrientes teóricas y metodológicas generadas en Estados Unidos y Europa –especialmente en Inglaterra y España–.

De alguna manera, continuando con la perspectiva que sostenía que únicamente con una metodología científica arqueológica se podía avanzar en su estudio, Carlos Gradin (1978), María Isabel Hernández Llosas (1985) y Carlos Aschero (1988) coincidieron en que las representaciones rupestres debían ser consideradas como un vestigio arqueológico más. También desarrollaron una serie de conceptos operativos que sirven para la descripción y el análisis de los sitios con arte rupestre e implementaron criterios analíticos compatibles con los aplicados a otros vestigios, que permiten su abordaje dentro de proyectos arqueológicos generales. Especialmente, Aschero sostiene que arte rupestre en arqueología es “el nombre que lo disciplina y lo contiene” (Aschero, 1997: 18).

Los estudios de Carlos Aschero sobre el alero con pinturas de Inca Cueva, Jujuy, le permitieron elaborar una secuencia cronológica relativa –que abarca desde las sociedades cazadoras recolectoras hasta las hispano-indígenas– en base a análisis tonales y estilísticos, superposiciones y otros indicadores arqueológicos provenientes de excavaciones en aleros de la misma quebrada y en correlaciones con otros sitios de la Puna jujeña y del Norte Chico chileno (Aschero, 1979). Este trabajo fue elegido para señalar el inicio del cuarto momento ya que, como sucedió con el anterior, tuvieron que pasar muchos años para que las investigaciones volvieran a consolidarse en la región (de Hoyos, 2013). Esta etapa se caracteriza particularmente por numerosos estudios de caso, problemas de protección y puesta en valor y la coexistencia de enfoques procesuales, posprocesuales, conductivistas, evolutivos y estructuralistas.

Los resultados estilísticos y cronológicos obtenidos por A. M. Lorandi y A. R. González fueron empleados posteriormente por la mayoría de los estudiosos de arte rupestre como referencia para sus propias investigaciones, ya sea coincidiendo, disintiendo con los autores, ajustándolos a distintos procesos regionales o, incluso, integrando algunas de estas propuestas en otros marcos interpretativos.

Por otro lado, fueron surgiendo unos pocos estudios secuenciales enfocados en un área o en una micro-región donde se compatibiliza el estudio de la variación del arte rupestre –sea en el espacio o en el tiempo– con los objetivos generales de los demás vestigios arqueológicos. El trabajo de Podestá (1986-1987) en Antofagasta de la Sierra, pionero en este sentido, fue posteriormente ampliado con nuevos sitios y con datos radiocarbónicos por Aschero y sus colaboradores (1999 y 2007, entre muchos otros). En el área valliserrana, Rossana Ledesma (2009) se centra en el estudio integral de la micro-región Cafayate, en la provincia de

Salta, y Adriana Callegari hizo lo propio en Villa Castelli, provincia de La Rioja (Callegari *et al.* 2009). Por su parte, de Hoyos, retomando y reformulando las secuencias generales valliseranas, se orientó a la investigación de las transformaciones en el discurso visual y sus correlatos respecto a los cambios socio-políticos, ideológicos y/o económicos de las sucesivas sociedades que poblaron la región valliserana, a través del análisis de la variación en la forma de representación de la corporalidad (de Hoyos, 2013).

La arqueología de Santiago del Estero

Ana María Lorandi se dedicó por más de diez años a la arqueología de esta provincia, precisando sus problemática, desarrollando y aplicando un diseño de investigación riguroso acorde con las nuevas corrientes de la época (Lorandi y Carrió, 1975; Lorandi, 1978; Lorandi *et al.*, 1979). Definió las tradiciones y las fases en base a análisis estratigráficos y contextuales detallados y a los primeros fechados radiocarbónicos en el territorio (Lorandi, 1970, 1972, 1974, 1978).⁷ Con sus trabajos se adelantó sobre los avances que ya habían realizado Reichlen (1940), A. R. González (1960) y los hermanos Wagner ⁸ a través de sus propuestas de una secuencia para el territorio que planteaba tres industrias o culturas sucesivas. Lorandi (1974, 1978) estableció un nuevo marco temporal y conceptual aún vigente, aunque es necesario ahora afinarlo y abordar el estudio de la diversidad en el espacio. Según Constanza Taboada, quien ha avanzado en forma

7 Recientemente Ana María Lorandi (2015) ha publicado el libro *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del Búho...* que reúne algunas de sus contribuciones inéditas sobre la arqueología de Santiago del Estero.

8 La propuesta de los hermanos Wagner (1934) era esencialmente difusionista y consideraba la existencia de una civilización chaco-santiagueña.

exponencial con la arqueología de las llanuras, quedaría pendiente el abordaje del estudio de su diversidad interior y de las vinculaciones particulares –en tiempo y espacio– con los procesos regionales. También es necesario seguir desagregando categorías y entidades como el Averías, que habría surgido alrededor del 1200 d. C. y continuado hasta el período colonial, que simplificaron esa diversidad y que camuflaron diferentes estrategias de representación y reproducción social al interior y exterior de este gran territorio (Taboada, 2011: 201).

Los vínculos entablados entre las poblaciones locales y el Tawantinsuyu, a partir de la aparición de objetos metálicos de características valliserranas tardías e incas en el Salado Medio (Angiorama y Taboada, 2008) y de producción cerámica y textil prehispánica tardía con elementos de filiación inca, (Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2013) retoman una de las hipótesis sostenidas por Lorandi. Los mitmakquna de la llanura produjeron en los valles el estilo cerámico Yocavil como un desarrollo con ciertas particularidades de su homólogo Averías de la llanura, cerámica que se encuentra recurrentemente en el piedemonte catamarqueño y en las Sierras de Guasayán en Santiago. En conjunto, la materialidad da cuenta de esa tan particular relación política entre las poblaciones de la llanura santiagueña y el Inca confirmando la original hipótesis de Lorandi para la frontera oriental del Tawantinsuyu.⁹

Precisamente en los recientes trabajos interdisciplinarios que desarrollan Taboada y Farberman (2014) han comenzado a visualizar las identidades étnicas poniendo en discusión tipologías coloniales y arqueológicas, y preguntándose por la organización –y posible vinculación– de los

9 Al respecto, consúltese el trabajo de Roxana Boixadós, Lorena Rodríguez y Camila Cerra en el presente libro.

asentamientos prehispánicos tardíos y de los pueblos de indios coloniales a partir de ciertas continuidades en las configuraciones políticas y los usos del espacio.

En el Salado Medio se han registrado objetos metálicos de filiación inca y de los valles interserranos, como armas, topus y lauraques (Angiorama y Taboada, 2008), piezas con patrones de estilo Yocavil desarrollado en los valles (Leiton, 2010; Taboada y Angiorama, 2010; Taboada *et al.*, 2010) y bienes extraños a la región como caracoles del océano Pacífico y cuentas de turquesa. Lo anterior le permite sostener a Taboada que en la zona se desarrolló una red de mecanismos y estrategias sociales durante el periodo inca, en la que el mantenimiento de vínculos de alianza y el manejo de aspectos simbólicos pudieron haber jugado un papel fundamental; incluso contempla la posibilidad de que poblaciones contemporáneas entre sí desarrollaran diferentes formas de mantener su estabilidad, generando situaciones arqueológicas diferenciadas como la del sector del Salado medio, que hasta el momento resulta distinta de otros contextos tardíos de la región (Taboada, 2011). Así la arqueología de Santiago del Estero o de las llanuras avanza en la distinción de situaciones sociales locales no homogeneizantes.

Consideraciones finales

En este trabajo intentamos delinear, por un lado, una serie de aportes de Lorandi a la arqueología argentina y, por el otro, reconocer que fue una de las precursoras en la convicción de que era preciso utilizar técnicas cada vez más exactas que permitieran transmitir conclusiones con mayor objetividad (Lorandi, 1966: 18). En ese sentido, se debía comenzar por la recopilación de datos en el campo y, en el caso del arte rupestre, ella renovó la forma de

registrar la información mediante el uso de fichas, adaptadas de Robert Heizer y Martín Baumhoff, que le permitieron consignar todos los datos necesarios para una descripción precisa, tanto del soporte –señalando dimensiones y orientación– como de los motivos que fueron medidos y dibujados marcando las superposiciones y diferencias de pátina. Asimismo avanzó en la aplicación de técnicas específicas para los análisis cerámicos como una forma de dilucidar sus preguntas sobre la funcionalidad de los asentamientos incas, como en la identificación de las poblaciones que servían en los asentamientos estatales. Pensaba que los estilos no debían ser creaciones del investigador y para lograr la precisión necesaria en su delimitación y su ubicación contextual era indispensable el uso de técnicas estadísticas, diseños de muestreo y cálculo de probabilidades. Estas técnicas también resultaban útiles en la clasificación de material lítico y cerámico y, en este último caso, sugería superar el estudio estilístico impulsando el análisis de procedencias a través de métodos físico-químicos. Lorandi además fue la primera en realizar una excavación areal de un sitio inca, Potrero Chaquiago; luego los estudios de las fuentes coloniales le permitieron un acercamiento teórico-metodológico al estudio del Tawantinsuyu en tiempos en que se privilegiaba el análisis de la arquitectura (Raffino, 1981).

La interdisciplinariedad es uno de los aspectos que caracterizó la producción de Lorandi mientras otro de sus aportes fue su incursión a la denominada Etnohistoria como una metodología, un enfoque, un abordaje o una táctica de investigación. Esto le permitió delimitar algunas unidades administrativas inca en el Qollasuyu y en el NOA –en particular la frontera oriental– ofreciendo una interpretación de la situación y de las estrategias usadas por las poblaciones locales sobre las que el estado avanzó e incorporó, así

como identificar una política estatal de traslado de poblaciones. Su ventaja en el conocimiento de la arqueología de Santiago del Estero indudablemente influyó en el planteo de sus hipótesis pues definió procesos y temporalidades dejando para futuras generaciones el análisis de los aspectos espaciales.

Bibliografía

- Acuto, F. (2007). "Fragmentación vs. integración comunal: repensando el Período Tardío del Noroeste Argentino". En *Estudios atacameños* 34, 71-95.
- Ambrosetti, J. (1895). "Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta". En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 16, 311-342.
- _____. (1897). "Los monumentos megalíticos del Valle de Tafi". En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 18.
- _____. (1903). "Cuatro pictografías de la región Calchaquí". En *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 56, 116-126.
- Ameghino, F. (1879). "Inscripciones antecolombianas encontradas en la República Argentina". *Congreso Internacional de Americanistas* 2, 710-742. Bruselas.
- Angiorama, C. (2004). "Acerca de incas y metales en Humahuaca". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29, 39-58.
- Angiorama, C. y Taboada, C. (2008). "Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina)". En *Revista Andina* 47, 117-150.
- Aschero, C. (1979). "Aportes al estudio del arte rupestre de Inca Cueva 1 (Departamento de Humahuaca, Jujuy)". *Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste argentino. Antiquitas* 2, 159-183.
- _____. (1988). "Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales. Un encuadre arqueológico". En *Arqueología Contemporánea Argentina. Actualidad y Perspectivas* pp.109-146. Buenos Aires, Búsqueda.
- _____. (1997). "De cómo interactúan emplazamientos, conjuntos y temas". En *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XIII (1/4), 17-27.

- ____ (1999). "El arte rupestre del Desierto puneño y el Noroeste argentino". En *El arte rupestre en los Andes de Capricornio*, 97-135. Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.
- ____ (2007). "Íconos, huancas y complejidad en la Puna sur argentina". En Nielsen, A.; Rivolta, C.; Seldes, V.; Vázquez, M. y Mércoli, P. (eds.) *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino 2*, 135-165. Córdoba, Brujas.
- Bennett, W., Bleiler, E. y Sommer, F. (1948). *Northwest Argentine Archaeology*. Yale, Yale University Publications in Anthropology, 38.
- Binford, L. (1962). "Archaeology as Anthropology". En *American Antiquity* 28 (2), 217-225.
- Boman, E. (1908). *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Dessert d'Atacama*. París, Imprimerie Nationale.
- Callegari, A., Wisniewski, L., Spengler, G., Rodríguez, G. y Aumont, S. (2009). "Nuevas manifestaciones del arte rupestre del oeste riojano. Su relación con el paisaje y con otras expresiones del arte aguada". En Sepúlveda, M.; Briones, L. y Chacama, J. (eds.); *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de las Américas* 381-402. Santiago de Chile.
- Cremonte, M. B. (1991). "Caracterizaciones composicionales de pastas cerámicas de los sitios Potrero-Chaquiago e Ingenio del Arenal Médanos (Catamarca)". En *Shincal* 3 (1) 33-46.
- ____ (1994). "Las pastas cerámicas de Potrero Chaquiago (Catamarca). Producción y movilidad social". En *Arqueología* 4 133-164.
- Cremonte, M. B. y Garay de Fumagalli, M. (1995). "Estado actual de las investigaciones arqueológicas en el sector meridional de la Quebrada de Humahuaca y su borde oriental". *Actas I Congreso de Investigación Social*: 379-393. Universidad Nacional de Tucumán.
- ____ (1997). "El pukará de Volcán en el sur de la quebrada de Humahuaca ¿un eje articulador de las relaciones entre las yungas y las tierras altas? (Provincia de Jujuy, Argentina)". En *Estudios Atacameños* 14 159-174.
- ____ (1998). "El enclave de Volcán en las vinculaciones transversales de la región meridional del valle de Humahuaca (NO de Argentina)". En Cárdenas Arroyo, F y Bray, T. (eds.) *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y Etnohistoria de Sudamérica* 297-319. Bogotá, Universidad de Los Andes.

- Cremonte, M. B. y Gheggi, M. S. (2012). "Espacios rituales y cultura material en un sitio arqueológico Humahuaca-Inca (Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina)". En *Revista Española de Antropología Americana* 42 (1) 9-27.
- Cremonte, M. B., Fumagalli, M. y Sica, G. (2005). "La frontera oriental al sur de la Quebrada de Humahuaca. Un espacio conectivo". *Revista Mundo de Antes* 4 51-66.
- Cremonte, M. B., Peralta, S. y Scaro, A. (2008). "Esquina de Huajra (Tum 10, Dto Tumbaya, Jujuy). Avances en el conocimiento de una instalación Humahuaca Inca y su integración en la historia prehispánica regional". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL)* 21 27-38.
- Cremonte, M. B., Garay de Fumagalli, M., Sica, G. y Díaz, A. (2003). "Nordenskiöld y la frontera. Miradas y perspectivas 100 años después". *Pacarina* 3 101-112.
- D'Altroy, T. (1992). *Provincial power in the Inka Empire*. Washington DC, Smithsonian Institution Press.
- _____ (2003). *Los incas*. Barcelona, Ariel.
- D'Altroy, T. y Hastorf, C. (2001). *Empire and domestic economy*. Nueva York, Springer Science and Business Media.
- D'Altroy, T., Lorandi, A. y Williams, V. (1994). "Producción y uso de cerámica en la economía política inka". En Shimada, I. (ed.) *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes* 395-441. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- D'Altroy, T., Earle, T., Browman, D., La Lone, D., Moseley, M., Murra, J. y Topic, J. (1985). "Staple Finance, Wealth Finance, and Storage in the Inka Political Economy". En *Current Anthropology* 187-206.
- D'Altroy, T., Williams, V., Lorandi, A., Earle, T., Hastorf, C., Hagstrum, M., Russell, G., Sandefur, E., Calderari, M., Danils R. y DeMarrais, L. (2000). "Inca Rule in the Northern Calchaquí Valley, Argentina". *Journal of Field Archaeology* 27 (1) 2-26.
- de Aparicio, F. (1939). "Petroglifos riojanos". En *Revista Geográfica Americana* 4/11 (67) 256-264.
- _____ (1944). "La gruta pintada de El Lajar (departamento de Guachipas, provincia de Salta)". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 4 79-83.
- de Hoyos, M. (2004). "Ocupación incaica en el valle del Cajón". En *Anales de Arqueología y Etnología* 56/8 209-254.

- ____ (2005). "El enclave incaico de Urbina, Valle de Amblayo, Salta". En *Revista Etnia* 246/7 331-335.
- ____ (2011). "Guerreros calchaquíes en tiempos del Tawantinsuyu. Entre la violencia y la diplomacia". En Rodríguez, L. (comp.) *El Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad* 63-92. Buenos Aires, Prohistoria.
- ____ (2013). *Cuerpos imaginados. Variaciones en la representación de la figura humana en el arte rupestre de la zona Valliserrana del Noroeste argentino*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. (Ms).
- de la Vega, Garcilaso (1960 [1609]). *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*. Madrid, Atlas.
- del Río, Mercedes y Presta, Ana M. (1984). "Un estudio etnohistórico en los corregimientos de Tomina y Amparaez: casos de multiétnicidad". *Runa* 14 221-245.
- DeMarrais, E. (2001). "La arqueología del norte del Valle Calchaquí". En *Historia argentina Prehispánica* 289-346. Córdoba, Brujas.
- Earle, T. y D'Altroy, T. (1982). "Storage facilities and state finance in the upper Mantaro Valley, Peru". *Contexts for Prehistoric Exchange* 265-290. Nueva York, Academic Press.
- Farberman, J. y Taboada, C. (2012). "Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. Período prehispánico tardío y colonial temprano". En *Runa* 33 (2) 113-132.
- Fernández, J. (1979-1980). "Historia de la Arqueología Argentina". En *Anales de Arqueología y Etnología* 24-25, 11-320.
- Garay de Fumagalli, M. (2003). "El Cucho de Ocoyos. Control e interacción en los valles orientales de Jujuy". En *Cuadernos del INAPL* 20 133-150.
- Garay de Fumagalli, M. y Cremonte, M. (1997). "Correlación cronológica del yacimiento de Volcán con sitios de los Valles Orientales (Sector Meridional-Quebrada de Humahuaca)". En *Avances en Arqueología* 3, 191-212.
- Garbulsky, E. (1991-1992). "La antropología social en Argentina". En *Runa* 20, 11-111.
- Giudicelli, C. (2007). "Encasillar la frontera. Clasificaciones coloniales y disciplinamiento del espacio en el área diaguita-calchaquí (S XVI-XVII)". En *Anuario IEHS* 22, 161-212. Tandil.

- González, A. R. (1959). "Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenida por el método de radiocarbono". En *Ciencia e Investigación* 5 (6), 184-190.
- ____ (1960). "Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV); resumen y perspectivas". En *Revista del Instituto de Antropología* de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. (Tomo 1).
- ____ (1977). *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Buenos Aires, Valero.
- ____ (1980). "Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del Imperio". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1), 63-82.
- ____ (1982). "Las "provincias" Inca del Antiguo Tucumán". En *Revista del Museo Nacional XLVI*, 317-380.
- ____ (1985). "Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980) apuntes de un casi testigo y algo de protagonista". En *American Antiquity* 50 (3), 505-517.
- ____ (1998). *Arte Precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.
- ____ (2000). *Tiestos dispersos. Voluntad y azar en la vida de un arqueólogo*. Buenos Aires, Emecé.
- González, L. (2002). "Herederás el bronce: Incas y metalurgia en el sur del valle de Yocavil". En *Intersecciones en antropología* 3 54-69.
- Gradin, C. (1978). "Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres". En *Revista del Museo Provincial* 1, 120-133. Neuquén.
- Hernández Llosas, M. (1985). "Diseño de una guía para el relevamiento y clasificación de datos de sitios arqueológicos con arte rupestre". En Aldunate del Sol, C.; Berenguer, J. y Castro, V. (eds.) *Estudios en Arte Rupestre*, 25-36.
- Herrán, C. (1990). "Antropología social en la Argentina: apuntes y perspectivas". En *Cuadernos de Antropología Social* 2, 108-115.
- Krapovickas, P. (1961). "Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina". En *Anales de Etnografía y Arqueología* 16, 135-167.

- Ledesma, R. (2009). El arte rupestre en el sur del Valle Calchaquí (Salta, Argentina). Estudio de territorialidad por medio de marcadores gráficos. Tesis doctoral. Universidad de Alcalá, Madrid. (Ms.)
- Leiton, D. (2010). Vasijas como lugares, estilos como paisajes: identidades plásticas, modos de aprovisionamiento y experiencias de consumo en la historia social de objetos de estilo Yokavil. Trabajo Final, Carrera de Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán. (Ms.)
- Liberani, I. y Hernández, R. (1950 [1877]). *Excursión arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca*. Tucumán, Instituto de Antropología Universidad Nacional de Tucumán. (Publicación 563).
- Lorandi, A. M. (1966). "El arte rupestre del Noroeste argentino (Área del norte de La Rioja y sur y centro de Catamarca)". En *Dédalo. Revista de Arte e Arqueología* II (4), 15-171.
- ____ (1970). "Los primeros fechados radiocarbónicos para la provincia de Santiago del Estero". En *Actualidad Antropológica. Suplemento de ETNIA* 7, 27-29.
- ____ (1972). "Nuevos fechados radiocarbónicos para Quimilí Paso-Santiago del Estero". En *Actualidad Antropológica Suplemento de ETNIA* 10 1-2.
- ____ (1974). "Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8, 199-236.
- ____ (1978). "El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina". En *Journal de la Société des Américanistes* LXV, 61-85.
- ____ (1980). "La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1), 147-165.
- ____ (1983). "Mitayos y mitmakuna en el Tawantinsuyu Meridional". *Histórica* 2 (1), 3-50.
- ____ (1984). "Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán". En *Revista del Museo de La Plata* 8 (62), 303-327.
- ____ (1988). "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". Proceedings del 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá 1985. *British Archaeological Research (BAR)*, 235-259.

- ____ (1991). "Evidencias en torno a los mitmaquna incaicos en el NO argentino". En *Anthropologica* 9: 213-231.
- ____ (1992). "Mestizaje interétnico en el Noroeste argentino". En Tamoeda, H. y Millones, L. *500 Años de Mestizaje en los Andes. Senri Ethnological Studies* 33, 133-167. Osaka, National Museum of Ethnology.
- ____ (1993). Evidencias en torno a los mitmaquna incaicos en el Noroeste argentino. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* 1, 245-256.
- ____ (2006). "Resumen y comentario final". En Lechman, H. (ed.) *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, 577-590. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- ____ (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los Pueblos del Búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura.
- Lorandi, A. M. y Boixadós, R. (1987-1988). "Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII". En *Runa* 17, 227-424.
- ____ (2009). Sobre clasificaciones y descalificaciones: Una revisión crítica de "Etnohistoria de los valles Calchaquíes", veinte años después. *Anuario Instituto de Estudios Histórico Sociales (IHS)* 24, 15-40.
- Lorandi, A. M. y Carrió, N. (1975). Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del 1º Congreso de Arqueología Argentina*, 301-322. Rosario, Museo Histórico Provincial Julio Marc.
- Lorandi, A. M. y de Hoyos, M. (1995). "Complementariedad económica en los valles Calchaquíes y del Cajón. Siglos XV-XVII". En Escobari de Querejazu, L. (coord.) *Colonización Agrícola y Ganadera en América, siglos XVI-XVIII*, 385-414. Quito, Abya-Yala.
- Lorandi, A. M. y Nacuzzi, L. (2007). Trayectorias de la etnohistoria en la Argentina (1936-2006). En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 23 281-299.
- Lorandi, A. M., Crisci, J. Gonaldi, M. y Caramazana, S. (1979). "El cambio cultural en Santiago del Estero; un estudio de taxonomía numérica sobre morfología de bordes de alfarería ordinaria". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 13, 85-101.
- Madrazo, G. (1985). "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina". En *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1, 13-56.

- Mallery, G. (2012 [1888-1889]). *Picture-Writing of Americans Indians*. Nueva York, Dover Publications Inc. (dos volúmenes).
- Malpass, M. (1993). *Provincial Inca: Archaeological and Ethnohistorical assessment of the impact of the Inca State*. Iowa, University of Iowa Press.
- Malpass, M. y Alconini, S. (eds.) (2010). *Distant provinces in the Inka Empire: Toward a deeper understanding of Inka imperialism*. Iowa, University of Iowa Press.
- Moreno, F. (1890-1891). "Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca". En *Revista del Museo de La Plata* 1, 199-221.
- Morris, C. y Thompson, D. (1985). *Huánuco Pampa: an Inca City and its Hinterland*. Nueva York, Thames and Hudson.
- Murra, J. (1978). *La organización económica del Estado Inca*. Siglo XXI.
- ____ (1984). "Andean societies". En *Annual Review of Anthropology*, 119-141.
- ____ (1989). "Cloth and its Function in the Inka State". *Cloth and human experience*, 275-302.
- Nielsen, A. (2007). "Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico". En *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1) 9-41.
- Nielsen, A. y Walker, W. (1999). "Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: el caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina)". En Zrankin, A y F. Acuto (eds.); *Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, 153-169. Buenos Aires, Ediciones del Tridente.
- Núñez Regueiro, V. (2007). "El desarrollo de la arqueología en argentina desde la década del '70". En *Arqueología Argentina de los inicios de un nuevo siglo* 23, 117-120. Rosario.
- Olivera, D. (1991). "La ocupación inka en la Puna meridional argentina: departamento de Antofagasta de la Sierra, Catamarca". *Comechingonia. Revista de Antropología e Historia* 9 (2), 31-72.
- Oliveto, G. y Ventura, B. (2009). "Dinámicas poblacionales de los valles orientales del sur de Bolivia y norte de Argentina, siglos XV-XVII. Aportes etnohistóricos y arqueológicos". En *Población y Sociedad* 16, 119-150.

- Orgaz, M. y Ratto, N. (2013). "Fragmentos del pasado en la ocupación incaica del oeste tinogasteño". En Ratto, N. (comp.); *Delineando prácticas de la gente del pasado: los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*, 311-333. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Páez, M. y Giovannetti, M. (2008). "Tipologizando Identidades: reflexiones sobre la construcción de identidades étnicas en la Arqueología del NOA". En *Avá* 13, 1-1.
- Peralta, S. y Cremonte, M. B. (2013). "Expresiones materiales de las ocupaciones incaicas y preincaicas en los valles de San Antonio (sur de Jujuy)". En Williams, V. y M. B. Cremonte, *Al Borde del Imperio. Paisajes sociales, materialidad y memoria en áreas periféricas del Noroeste Argentina*, 37-56. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Podestá, M. (1986-1987). "Arte rupestre en asentamientos de cazadores-recolectores y agroalfareros en la Puna Sur de Argentina: Antofagasta de la Sierra, Catamarca". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 17 (1) 241-263.
- Podgorny, I. (1999). "De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de la Plata entre 1897 y 1930". En *História, Ciências Saúde - Manguinhos* 1, 81-101.
- _____ (2009). *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario, Prohistoria.
- Politis, G. (1992). *Política nacional, arqueología y universidad en Argentina Arqueología Latinoamericana Hoy*, 70-87. Bogotá, Biblioteca Banco Popular.
- Politis, G. y Curtoni, R. (2011). "Archaeology and politics in Argentina during the last 50 years". En Lozny, L. R. (eds.) *Comparative Archaeologies a Sociological View of the Science of the Past*, 495-525. Nueva York, Springer.
- Quintián, J. (2008). "Articulación política y etnogénesis en los Valles Calchaquíes: Los Pulares durante los siglos XVII y XVIII". En *Andes* 19, 299-325.
- Quiroga, A. (1931). *Petrografías y Pictografías de Calchaquí*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Raffino, R. (1981). *Los Inkas del Kollasuyu*. La Plata, Ramos Americana Ed.
- Raffino, R., Alvis, R. Baldini, L. Olivera, D. y Raviña, G. (1983). "Hualfín-El Shincal-Watungasta. Tres casos de urbanización inca en el NOA". En *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10, 425-455.

- Ramos, A. (2011). *La etnohistoria andina antes de su consolidación: Confluencias disciplinares y propuestas teórico-metodológicas*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Ramundo, P. (2008). Estudio historiográfico de las investigaciones sobre cerámica arqueológica en el noroeste argentino. Oxford, BAR International series, Archaeopress.
- Ratto, N., Plá, R. y Orgaz, M. (2002). Producción y distribución de bienes cerámicos durante la ocupación inca entre la región puneña de Chaschuil y el valle de Abaucán (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 27, 271-301.
- Reichlen, H. (1940). "Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine)". En *Journal de la Société des Américanistes* LXV: 133-225.
- Rostworowski, M. (1988). *Historia del Tahuantinsuyo*. Lima, IEP.
- Rowe, J. (1944). "An introduction to the archaeology of Cuzco". En *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology* 27 (2).
- ____ (1945). "Absolute chronology in the Andean area". En *American Antiquity* 10 (3), 265-284.
- ____ (1982). "Inca policies and institutions relating to the cultural unification of the empire". En Collier, G., R. Rosaldo & J. Wirth (eds.) *The Inca and Aztec States 1400-1800*, 93-118. Nueva York, Academic Press.
- Schreiter, R. (1928). "Monumentos megalíticos y pictográficos en los altivalles de la provincia de Tucumán". En *Boletín del Museo de Historia Natural* 2 (1), 1-9.
- Taboada, C. (2011). "Repensando la arqueología de Santiago del Estero". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 36, 197-219.
- ____ (2013). "En la llanura y en los valles: Relaciones entre las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas y el Estado Inca". En *Intersecciones en Antropología* 14 (1), 137-156.
- Taboada, C. y Angiorama, C. (2010). "Metales, textilera y cerámica: tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu". En *Memoria Americana* 18 (1), 11-41.
- Taboada, C. y Farberman, J. (2014). "Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el río Salado (Santiago del Estero, Argentina): Miradas dia-

logadas entre la arqueología y la historia". En *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 8 (1), 7-43.

Taboada, C. Angiorama, C. Leiton, D. y López Campeny, S. (2010). "Las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas en tiempos del inca. Materialidades, interpellaciones y apropiaciones". En Bárcena, J. R. y H. Chiavazza (eds.) *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo* III, 1291-1296. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UN-Cuyo.

Tarragó, M. (2000). "Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos". En *Nueva historia argentina* 1: 257-300.

____ (2003). "La arqueología de los valles Calchaquíes perspectiva histórica". En *Anales* 6: 13-42. Instituto Iberoamericano, Universidad de Goteborg

Toscano, J. (1898). *La Región Calchaquina*. Buenos Aires.

____ (1912). Los signos petrográficos y pictográficos de las primeras colonias del Noroeste argentino. *Congreso Internacional de Americanistas XVII*, 487-488.

Wachtel, N. (1982). "The *mitimas* of the Cochabamba valley: the colonization policy of Huayna Capac". En Collier, G., R. Rosaldo y J. Wirth (eds.); *The Inca and Aztec States 1400-1800*, 199-235. Nueva York, Academic Press.

Wagner, E. y Wagner, D. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina S.A. (Tomo I)

Williams, V. (1991). "Control estatal incaico en el noroeste argentino. Un caso de estudio: Potrero Chaquiago (Pcia. de Catamarca)". En *Arqueología* 1, 75 103.

____ (1996). Arqueología inka en la región centro-oeste de Catamarca. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de La Plata (Ms.).

____ (2002-2005). "Provincias y capitales. Una visita a Tolombón, Salta, Argentina". En *Xama* 15-18: 177-198.

____ (2010). "El uso del espacio a nivel estatal en el sur del Tawantinsuyu". En Albeck, M. E., M. C. Scattolin y M. A. Korstanje (eds.) *El Hábitat Prehispánico: arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, 77-114. San Salvador de Jujuy. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

- Williams, V. y Castellanos, M. C. (2011). "Poblaciones prehispánicas en las cuencas de Angastaco y Molinos: historias de conflictos, resistencias y disputas". En Rodríguez, L. B. (comp.) *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*, 23-61. Rosario, Prohistoria.
- Williams, V. y Cremona, M. B. (1994). "¿Mitmaquna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el NOA". *Avances en Arqueología* 2, 9-27.
- Williams, V. y D'Altroy, T. (1988). "El Sur del Tawantinsuyu. Un dominio selectivamente intensivo". *Tawantinsuyu* 5, 170-178.
- Williams, V. y Lorandi, A. (1986). "Evidencias funcionales de un establecimiento incaico en el noroeste argentino". En *Comechingonia* 4, 133-148.
- Williams, V.; Villegas, M. Gheggi, M. y Chaparro, M. (2005). "Hospitalidad e intercambio en los valles mesotermiales del noroeste argentino". En *Boletín de la Pontificia Universidad Católica del Perú* 9, 335-373.
- Zuidema, R. T. (1964). *The Ceque System of Cuzco: the Social Organization of the Capital of the Inca*. Leiden, E. J. Brill.
- ____ (1990). *Inca civilization in Cuzco*. Austin, University of Texas Press.